

y lo futuro; sin embargo las cosas pasadas, presentes y futuras no se hallan en igual caso respecto de las especies: porque las presentes tienen naturaleza, por la que se asimilan á las especies, que están en la mente del ángel, y así pueden serle conocidas por ellas; pero las futuras no tienen todavía esa naturaleza, por la que se les asimilen: y por lo mismo no pueden serle por ellas conocidas.

Al 4.º que los seres distantes en lugar existen en la naturaleza de las cosas, y participan de alguna especie, cuya imagen reside en el ángel: lo cual no es cierto respecto de las cosas futuras, segun queda dicho. Y por lo tanto no hay paridad (1).

ARTÍCULO IV. — Los ángeles conocen los pensamientos del corazón? (2)

1.º Parece que los ángeles conocen los pensamientos de los corazones: porque San Gregorio (Mor. l. 18, c. 27) sobre aquello de Job (28, 27): *no se le igualará el oro ó el vidrio*, dice que «entonces (es decir, en la bienaventuranza de los resucitados) uno podrá ser visto por otro como él mismo por sí; y, cuando se contempla el entendimiento de cada uno, péntrase á la vez su conciencia». Pero los que resuciten serán semejantes á los ángeles, como se lee (Matth. 22, 30). Luego un ángel puede ver lo que pasa en la conciencia de otro.

2.º Lo que las figuras son á los cuerpos, eso son las especies inteligibles al entendimiento. Pero, visto un cuerpo, se ve su figura. Luego, vista la sustancia intelectual, se ve la especie inteligible, que está en ella: y por consiguiente, puesto que un ángel ve á otro ángel y también el alma, parece que puede ver el pensamiento de uno y otra.

3.º Las cosas, que están en nuestro

(1) ¿No pudiera también darse esta respuesta en el fondo idéntica? la distancia local es algo objetivo, y la distancia del presente al futuro es puramente subjetiva por parte de este. Léanse, antes de resolver, las atinadas observaciones sobre el espacio y el tiempo, hechas por Prisco en su citada *Filosofía especulativa*, t. 2, pág. 178.

(2) Los pensamientos en cuanto tales, es decir, en cuanto no se revelan al exterior por signo alguno: es evidente que no se trata de los pensamientos propios del ángel, sino de los del hombre ó de otro ángel; por lo que nos parece nimia escrupulosidad la del Cardenal Cayetano, al hacer esta advertencia. Véase el texto bíblico del argumento *en contrario* y

entendimiento, se asemejan más al ángel que las que están en la imaginación; puesto que estas son entendidas en acto, y aquellas solo en potencia. Pero las que existen en la imaginación, pueden ser conocidas por el ángel, como los objetos corporales, por ser la imaginación facultad del cuerpo. Parece pues que el ángel puede conocer los pensamientos de nuestro espíritu.

Por el contrario: lo que es propio de Dios, no conviene á los ángeles. Propio es de Dios conocer los pensamientos del corazón, segun consta (Jer. 17, 9): *Torcido es el corazón del hombre é impenetrable; y quién lo conocerá? Yo, el Señor* (v. 10), *que escudriño los corazones*. Luego los ángeles no conocen los secretos de los corazones.

Conclusion. [1] *Los ángeles, y aún los hombres, conocen los pensamientos del corazón por sus efectos; pero* [2] *solo Dios conoce naturalmente, tales como son en sí mismos, los pensamientos y los afectos.*

Responderemos, que se puede conocer de dos maneras los pensamientos del corazón. 1.ª En sus efectos; y no solo el ángel sino aún el hombre puede así conocerlos, y con tanta mayor penetración, cuanto más oculto fuere el efecto: porque se conoce á las veces el pensamiento, no solamente por los actos exteriores (3), sí también por la inmutación (4). Así aún los médicos pueden conocer por el pulso ciertas afecciones del ánimo (5); y con mayor razón los ángeles, ó también los demonios, en proporción á la mayor sutileza, con que observan esas ocultas modificaciones corporales. De aquí el dicho de San Agustín (De divinatione dæmonum, c. 5) que «alguna vez conocen con toda facilidad las disposiciones de los hombres, no solamente las proferidas por las palabras, sino aún las

otros varios, que aduce el P. Capponi; aunque tenemos por más terminantes los que cita el P. Nicolai, acaso porque les da mayor fuerza el acompañarlos las interpretaciones de los Santos Padres.

(3) Como gestos, ademanes, actitudes y en general lo que constituye el lenguaje llamado mimico. La declamación teatral encuentra en el estudio de ese lenguaje un poderoso auxiliar, para dar visos de realidad á las ficciones poéticas.

(4) Inmutaciones ó cambios interiores, como lo denotan la preposición *in* y el ejemplo que se cita.

(5) El estado, por ejemplo, de serenidad ó turbación en un sentenciado á muerte.

» concebidas en la mente, cuando se es-teriorizan del alma por algunos signos, » que se notan en el cuerpo»; si bien dice en sus retractaciones (l. 2, c. 30) que «no se puede explicar, cómo esto se verifica». 2.ª Púédense de otro modo conocer los pensamientos, como están en el entendimiento, y las afecciones, como están en la voluntad; pero *así Dios solo puede conocer los pensamientos de los corazones y los afectos de las voluntades*: y es la razón de esto, que la voluntad de la criatura racional á solo Dios está sometida; y él es el único, que puede obrar sobre ella, por ser él su objeto principal, como su fin último, segun más claramente se espondrá despues (C. 63, a. 1; y C. 105, a. 5). Por lo tanto las cosas, que no dependen sino de la voluntad, ó que no existen sino en ella, son conocidas de solo Dios. Ahora bien: es notorio que solo de la voluntad depende el que uno piense algo actualmente; porque, cuando alguno tiene hábito de la ciencia ó especies inteligibles en él existentes, hace uso de ellas como y cuando quiere. Y por eso dice el Apóstol (I Cor. 2, 11) que *nadie sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre, que está en él*.

Al argumento 1.º dirémos, que el pensamiento de un hombre no es conocido por otro hombre por dos impedimentos, que son: lo grosero del cuerpo, y la voluntad, que oculta sus secretos. El primero de estos obstáculos dejará de serlo en la resurrección, y no existe en los ángeles: mas el segundo subsistirá despues de la resurrección, y lo tienen también los ángeles. Sin embargo la claridad del cuerpo representará la cualidad de la mente en cuanto al grado de gracia y de gloria, al cual serán elevadas sus almas; y así el uno podrá ver la mente del otro.

Al 2.º que, aunque un ángel vea las especies inteligibles de otro, por lo mismo que el modo de las especies es proporcionado á la nobleza de las sustancias en razón de la mayor ó menor universalidad

(1) Véase la pág. 305, nota 5.

(2) Algazel, Averrós y Maimónides sostenían que la profecía era un estado natural del hombre, para el cual necesitábamos solamente ponernos en las debidas condiciones. Con razón compara el P. Capponi este error á la herejía de Pelagio, que hacía consistir la consecución de la gracia en la sola voluntad del hombre: pero, para comprender por qué se cita la tal doctrina como opuesta á la del artículo presente, es necesario convenir en que lo esencial de la profecía, como en-

de aquellas; no resulta de esto que un ángel conozca, de qué manera otro ángel hace uso de dichas especies inteligibles en la actualidad de su pensamiento.

Al 3.º que el apetito brutal no es dueño de su acto, sino que sigue la impresión de otra causa corporal ó espiritual (1): y, como los ángeles conocen las cosas corporales y sus disposiciones, pueden conocer por ellas lo que está en el apetito y en la aprensión fantástica de los animales brutos, y aún de los hombres; porque algunas veces el apetito sensitivo procede en ellos al acto siguiente á alguna impresión corporal, como sucede siempre en los brutos. Mas no por eso es cierto que los ángeles conozcan los movimientos del apetito sensitivo y las percepciones de la imaginación del hombre, cuando tienen por causa la voluntad y la razón; porque aún la parte inferior del alma participa algun tanto de la razón, como el que obedece á quien le manda, segun se lee (Eth. l. 3, c. ult.): sin que se infiera no obstante que, si el ángel conoce lo que está en el apetito sensitivo del hombre ó en su imaginación, conozca lo que hay en su pensamiento ó en su voluntad; porque la inteligencia y la voluntad no están sometidas al apetito sensitivo y á la imaginación, sino que pueden servirse de ellas de diferentes maneras.

ARTÍCULO V. — Los ángeles conocen los misterios de la gracia? (2)

1.º Parece que los ángeles conocen los misterios de la gracia: porque entre todos los misterios el más excelente es el misterio de la Encarnación de Cristo; pero los ángeles le han conocido desde el principio, pues dice San Agustín (Sup. Gen. ad litt. l. 5, c. 19) que «este misterio ha estado oculto en Dios durante todos los siglos, de tal manera que sin embargo fuese conocido de los príncipes y potestades celestes»; y San Pablo

seña Santo Tomás, es el conocimiento de un misterio; y, sabido esto, es palmario que, si el ángel no posee naturalmente los misterios de la gracia, mucho menos la inteligencia humana por las solas fuerzas de la naturaleza.

Por misterios de la gracia debe entenderse lo que depende de solo la libérrima voluntad de Dios, escede las leyes de la naturaleza y se dirige á nuestra eterna salvación, como la Encarnación del Verbo, la Eucaristía, la justificación, etc.

(1 Tim. 3, 16): *aquel gran sacramento de la piedad ha sido visto de los ángeles.* Luego los ángeles conocen los misterios de la gracia.

2.º Las razones de todos los misterios de la gracia están contenidas en la divina sabiduría. Es así que los ángeles ven la sabiduría misma de Dios, que es su esencia. Luego conocen los misterios de la gracia.

3.º Los profetas son instruidos por los ángeles, segun San Dionisio (De cœl. hierarch. c. 4); pero los profetas conocieron los misterios de la gracia, pues se dice (Amós, 3, 7): *No hará el Señor cosa alguna, sin haber revelado sus secretos á los profetas sus siervos.* Luego los ángeles conocen los misterios de la gracia.

Por el contrario: nadie aprende lo que conoce. Los ángeles, aún supremos, procuran conocer los misterios divinos de la gracia y los aprenden. En efecto: San Dionisio dice (De cœl. hier. c. 7) que «la Escritura Santa nos muestra algunas» de estas celestes esencias, interrogando á Jesucristo, y aprendiendo de él la noticia de su divina operacion en favor de nosotros, y á Jesus enseñándolas sin intermediario; como se vé en aquel pasaje (Is. 63, 1), donde á la pregunta de los ángeles, *Quién es este, que viene de Edon?* Jesus responde: *Yo soy el que hablo Justicia.* Luego los ángeles no conocen los misterios de la gracia.

Conclusion. *Los ángeles [1] no pueden tener conocimiento natural de los misterios de la gracia, que solo dependen de la voluntad de Dios: pero [2] por sobrenatural revelacion ó por vision beatifica en el Verbo pueden conocerlos, aunque no todos ni en igual grado.*

Responderémos, que en los ángeles hay dos clases de conocimientos. 1.º Un

(1) Pero no indistintamente; puesto que por su esencia se conoce á sí mismo y no á las demas cosas, segun lo dicho en los artículos precedentes.

(2) O en cuanto á la sustancia del hecho, *quantum ad substantiam facti*, que dice Santo Tomás en sus comentarios al libro de las sentencias (2 Sent. dist. 11, q. 2, a. 4). P. Nicolai.

(3) Fuertemente se rien los incrédulos modernos, cuando en lenguaje católico se dice *revelacion de los misterios*; cuyos dos términos suponen tan contradictorios, como lo *oculto* se opone á lo *manifesto*. Pero se engañan torpemente. En buena filosofía, para que haya oposicion en los términos ó proposiciones, es necesario que medie entre los mismos afirmacion y negacion *ejusdem, de eodem, et secundum idem*: lo cual no se verifica en nuestro caso. Y esto es evidente, si se repara en

conocimiento natural, que les hace conocer las cosas, ya por su esencia, ya por las especies, que les son innatas (1). *Los ángeles pues no pueden conocer los misterios de la gracia de esta manera*; porque estos misterios dependen esclusivamente de la voluntad de Dios: y, si un ángel no puede conocer los pensamientos de otro dependientes de su voluntad; mucho ménos puede conocer las cosas, que dependen únicamente de la voluntad de Dios. Tal es el razonamiento del Apóstol (1 Cor. 2, 11): *Las cosas del hombre nadie las conoce, sino el espíritu del hombre, que está en él: así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el espíritu de Dios.* 2.º Hay en los ángeles otro conocimiento, que los hace bienaventurados, y segun el cual ven al Verbo y las cosas en el Verbo: y por esta vision conocen los misterios de la gracia; no empero todos, ni con igualdad unos ángeles y otros, sino en la medida que Dios quiere revelárselos, conforme á lo que dice el Apóstol (1 Cor. 2, 10): *Dios nos lo reveló á nosotros por su espíritu*; con la diferencia sin embargo de que los ángeles superiores, que penetran con mayor profundidad en la divina sabiduría, conocen por la vision misma de Dios mayor número de misterios y más elevados, para manifestarlos á los inferiores, iluminándolos. Aun desde el principio de su creacion han conocido algunos de estos misterios; pero otros les son posteriormente manifestados, segun conviene al desempeño de los ministerios á ellos encomendados.

Al argumento 1.º dirémos, que se suele hablar del misterio de la Encarnacion de Cristo de dos modos: 1.º En general (2), y así fue revelado (3) á todos desde el que principio de su beatitud, siendo la razon este misterio es cierto principio general,

que misterio ó cosa oculta se llama bajo el punto de vista de sí mismo con relacion á lo sustancial de él á la intrínseca connexion de los términos ó del sujeto y predicado; todo lo cual es inasquible al entendimiento creado por defecto de conocimiento adecuado. Mas por el contrario se dice *revelado* ó *hecho manifesto*, en cuanto á la enunciacion de los mismos términos, la cual sin embargo de la oscuridad de la esencia puede ser clarísima y perfectamente conocida por el ángel y por el hombre. Así v. gr. permanece oculta *in naturalibus* la causa intrínseca de la iluminacion del sol, mientras que el hecho es cosa evidente. De igual modo *in divinis*, cuando Dios (por ejemplo) reveló que habia tres personas distintas en la unidad de su naturaleza, ó que el Verbo se hizo carne ó tomó la naturaleza humana en la unidad de su divina persona, todos vienen á entender claramente lo que significan enunciaciones

al cual se ordenan todos sus ministerios; pues (Hebr. 1, 14) *todos son espíritus administradores, enviados para ministerio en favor de aquellos, que han de recibir la heredad de salud*: lo cual se realiza en verdad por el misterio de la Encarnacion. Ha sido pues conveniente que desde el principio todos en comun fuesen instruidos acerca de este misterio. 2.º Podemos de otro modo hablar del misterio de la Encarnacion relativamente á sus condiciones especiales; y bajo este aspecto no todos los ángeles lo conocieron así desde el principio en todos sus detalles: bien al contrario algunas de sus particularidades aún los ángeles superiores las han sabido con posterioridad, como se hace notar por el testimonio de San Dionisio, aducido en el argumento *Por el contrario*.

Al 2.º que, aunque los ángeles bienaventurados contemplan la sabiduría divina, no la comprenden sin embargo; por lo cual no es exacto que conozcan todo cuanto en ella se oculta.

tales; mas ninguno llega á comprender, cómo tres Personas realmente distintas subsisten en una misma esencia, ó de qué manera la naturaleza humana puede subsistir en la Persona

Al 3.º que todo lo que los profetas conocieron del misterio de la gracia por la revelacion divina, fue revelado de una manera mucho más escelente á los ángeles: y, aunque Dios haya revelado en general á los profetas lo que se proponía hacer para la salvacion del género humano; ha hecho no obstante conocer á los apóstoles ciertas particularidades, que los profetas no habian conocido, segun consta (Eph. 3, 4) por estas palabras: *Podeis, leyendo, entender mi conocimiento en el misterio de Cristo; el cual (v. 5) en otras generaciones no ha sido conocido de los hijos de los hombres, así como ahora ha sido revelado á sus Santos Apóstoles.* Entre los profetas mismos, los últimos conocieron lo que no habian conocido los anteriores, segun aquello (Ps. 118, 100): *Más que los ancianos he entendido.* Y San Gregorio observa (Hom. 16 in Ezech.) que «con el transcurso de los siglos ha ido en aumento el conocimiento de Dios».

del Verbo. Y baste lo dicho, para que se vea el poco fundamento de la observacion de los incrédulos. — M. C. G.